

diferencia de tamaño y algunas insignificantes variaciones, una copia de la *Resurrección de Cristo* del escultor Alfonso Lombardi conservada en la iglesia de San Petronio de Bolonia. Pero junto a este reproche, originado quizá por las no escasas coincidencias debidas a la comunidad de ideas que suelen tener los artistas dotados de genio, debemos admirar grandemente en el Maestro el haber sido él el primero que interpretó nuestra fauna y flora al prodigar en sus tableros, alternando con el unicornio, el elefante africano y los leones y faisanes asiáticos, ágiles micos que trepan por el agobiado tronco de los robles; guacamayos policromos que picotean los aguacates; retorcidos bejucos de estilizadas hojas que se ciñen en mil vueltas a los gajos; cocoteros cuajados de frutos que semejan henchidos senos maternos; algún armadillo tímido que saca fuera de su cueva la cabeza; ágiles venados que cabriolan en las quiebras; gazapos y cobayos que saltan entre el herbazal; tornasolados colibríes que vibran en los aires y múltiples mirlos que pueblan las florestas.

Las obras hasta aquí reseñadas, junto con el grandioso lienzo del Juicio Universal, la más atrevida concepción de Vásquez Ceballos y la galería de retratos que adornan el coro, constituyen la no bien estimada riqueza de esta iglesia museo en cuyas naves anchas, penumbrosas y polifonas muchas veces fuimos a buscar deleitación espiritual, las nobles exaltaciones, el olvido de las miserias humanas y de las diarias fatigas y los momentos bellos, raros y evocadores que sólo pueden producirnos la visión de las verdaderas obras del arte y la "inimitable poesía de las cosas viejas" que tanto preciaba Víctor Hugo. En ningún más apropiado lugar pudo ser reunida esta colección de alhajas como en aquel santafereñísimo ambiente del que don Pedro María Ibáñez nos dejó una impresión tan justa como poética y de la cual extractamos este párrafo: "La hemos visitado detenidamente; hemos pasado largos ratos recorriendo sus naves silenciosas; y cuando al caer de la tarde hemos oído el órgano que acompaña quejumbroso el canto de los religiosos, y hemos visto quebrarse sobre el oro del altar la luz enrojecida del sol poniente que dejan entrar los tragaluces, su recinto nos ha producido el efecto de uno de esos fabulosos antros hechos de oro, habitados por genios y quimeras sumidos en los senos de la tierra, y alumbrados por reflejos de misteriosas luces, brillantes y oscuros a la vez y poblados por sombras que vagan sin ruido en procesiones indefinibles."

No queremos terminar este corto estudio sobre el meritísimo escultor sin hacer hincapié sobre el olvido y la oscuridad en que lo ha dejado la historia. Gran extrañeza nos ha producido después de nuestra larga e infructuosa búsqueda la falta de datos biográficos o algún indicio que arroje luz sobre tan extraordinario personaje al cual, incluso, hemos tenido que bautizar llevados de nuestro entusiasmo y admiración reverentes y no conformándonos de manera alguna a contarle en el número de los innominados.

Los Supuestos Estéticos y la Posición Vivencial del Médico-Artista

Por ALICIA SALGAR DE BENETTI

Existe la creencia respecto a la apreciación de las contribuciones que hacen toda clase de hombres de ciencia en obras de arte al Arte en general como última manifestación del espíritu científico, de que ellas, por el solo hecho de su procedencia desde la esfera científica, especialmente a lo que hace referencia al cuerpo médico, pueden ser de escasa o ninguna apreciación estética.

Esto sucede porque se hace mentalmente difícil compaginar dos inclinaciones del ser problemático del hombre, sea la una como "hombre-ciencia", sea la otra como "hombre-artista", en un verterse conjuntamente dentro de la obra de arte como fruto de creación de una manera integral. Y no se debe ciertamente a incultura de quien incluye en la medianía o poco menos, del hombre-artista, al médico-artista o al matemático-músico, pongamos por ejemplo, para el primero a Albert Schweitzer y para el segundo a Albert Einstein, sino a que, en un caso tal, prima, por un lado, la falta de considerar concienzudamente el problema filosófico-psicológico del científico —médico para concretarnos— que se encuentra dentro del campo de su actividad en la lucha constante frente a la problemática vida y muerte, salud y enfermedad, y, por otro, a las evidencias suplementarias, dolor-fealdad, bondad-belleza, de una realidad concomitante a la estrecha relación entre el historial de la complejidad clínica, que forma su realidad ulterior, y su singularidad de relación ético-estética con el constante refinamiento psíquico para la percepción de los problemas adquiridos en el ejercicio de la profesión y que conduce al escudriñamiento de los grandes temas ontológicos y gnoseológicos que se plantean al hombre-científico, superdotándolo para captarlos desde el comienzo de su facultad de pensar y meditar sobre ellos, fundamentado esto último en su "quehacer", que resulta especialmente significativo, de enfrentamiento continuo a la enfermedad, la muerte y la disolución. Este "quehacer" se halla expuesto de continuo a un resultado infructuoso, a una posibilidad de derrota, a un incalculable fallar de los medios al alcance pertinentes a una nueva experiencia continuamente renovada. Viene, por consiguiente, una acentuación

del escepticismo frente a las propias facilidades de vencer en esta lucha desigual y como consecuencia ineludible, en sentido polémico, estrictamente táctico, la disolución de una ilusión disipada.

Surge, entonces, el racionalismo vertiginoso que detiene al escepticismo como una forma de claudicación interna y siendo que existe el hombre-culto como una faceta más del científico-médico que no queda satisfecho con la luz de las explicaciones racionalistas, siendo justamente este último el que desprecia la razón, antes que someterse a las peores desgracias interiores, una de ellas la de discutir con la razón, otra, la de sostenerse en un vano parloteo imaginativo del cual se burlan los dioses del Olimpo, como lo reconoce Hegel, porque reduce al pensamiento a ser "testigo" de una verdad racional, tal como debe ser, el "ser distinto del científico" entra en discusión, la cual se desarrolla entre razón-entendimiento por un lado y conocimiento-verdad por otro, dentro de un paralelismo conceptual, sólo por el hecho de haber logrado sortear los escollos contra los cuales se estrellan los demás hombres, sosteniendo en principio el vencimiento de la Muerte y en consecuencia, manteniendo el triunfo de la Vida.

¿Qué vale, entonces? El Arte. He ahí la puerta abierta hacia la remisión del racionalismo por la libertad de la intuición poética, en el sentido aristotélico de "poética" como "quehacer". Como el pecado no es un problema científico, la angustia que conduce al "animus" hacia la reducción por el arte de sus supuestos, los cuales caen irremisiblemente dentro del pensamiento humano "natural" que aspira a las evidencias, se traducen éstos en actividad visual y su expresión pictórica o en aptitud sonora y su especulación instrumental. ¿Quiere esto decir que el médico es realmente artista, en el sentido amplio del término o que sus actividades dentro del campo del arte son simplemente especulativas o de tanteo? Cualquier afirmación negativa o positiva, es no sólo dilacerante e inconducente, por decir lo menos, sino irrespetuosa. Vamos a decir por qué. La certeza interna implica el principio de posibilidad, del cual está saturada la vida humana y ella se traduce para el médico, en la fuerza ejercitante de la medicina como *Destino*. Como el destino de defender a la Vida contra la Muerte que es el más estético de los destinos, considerándolo como el *summum* de las apelaciones humanas contra el *fatum*. La explicación del destino, como una necesidad primordial, hace al hombre grande artista como sucede en Beethoven, por ejemplo, y la apelación del mismo como angustia sapiente, hace del científico un artista como en Schweitzer el clínico-concertista o en Pasteur un hacedor de vacunas. Dos formas del "quehacer" histórico presentadas como respuestas que se suman a la misma finalidad: "poética musical", crear belleza para embellecer la vida enferma del hombre; "poética médica", hacer belleza para embellecer la fealdad viva del hombre enfermo. El médico es artista por excelencia cuando vence a la Muerte y hace poética médica cuando recrea un motivo dentro de un cuadro balbuciente porque reemplaza el bisturí por el pincel y nunca porque ha hecho uso del pincel como arma contra la muerte y la enfermedad y graba en una tela la poesía increada de una angustia que necesita ser crucificada para

no ser crucificado por ella. Lo que conduce al médico hacia lo poético es el contacto continuo con la enfermedad. Ejercer lo poético es derecho sagrado si los hay, porque la enfermedad es la posibilidad de todos los horrores. En este sentido se acepta el ejercicio de la medicina como vocación de amor, de "amor hospitalario", samaritano si queremos por así decirlo. Y expresión de amor a la salud y a la vida es una fórmula química, un diagnóstico certero o una intervención quirúrgica. Amor a la Belleza, que también es Vida, es el ejercicio de la pintura, la práctica musical, el oficio de la poesía o la artesanía de la cirugía plástica. Lo primero es amor a lo Bueno, y lo segundo amor a lo Bello.

Ahora bien, el arte resume tanto lo bueno, como lo bello, como lo santo. La dimensión entre el Bien y la Belleza dio nacimiento a la Estética como un Absoluto, dentro del cual se realizan la identidad de los contrarios feo-bello, es decir, como un Bien procedente de Dios que está siendo él mismo continuamente la expresión de su Bondad y el Bien como la máxima posesión de la Belleza, postulado que pertenece a la Ética de los Bienes y a la Estética eudemonista, sustentadora del eudemonismo o sea, de la posición estético-filosófica que es la que considera la consecución del "placer" o de "la felicidad" por medio de la Belleza en armonía íntima con ese Bien oculto o Absoluto. El arte resulta ser, por tanto, la irradiación de una verdad: que el artista al crear se inclina ante la esencia del arte, captando la Belleza para prodigar el Bien. Ahora bien, la medicina es sacrificio que consagra la personalidad. Quien, en principio, rehusa deshacerse de la suya, la perderá. La ley del arte hace así la ley de la santidad y ésta es, en síntesis, abnegación liberal, es decir, necesidad de prodigarse. La universalidad de la abnegación ante la necesidad de establecer la salud como Bien primordial se constituye en prodigalidad, en liberalidad o arte de curar. Los fines inmediatos del arte médico y sus medios que la salud obliga a tomar del empirismo concurren a regatear con el "fatum" un Bien que traduce en Vida, la cual demanda un renunciamento progresivo en cada hombre a los vínculos y cadenas con su "daimon" que le separan tanto del Bien como de la Belleza a causa del dolor que es mal y fealdad, dentro de un orden nuevo que es ritual para el sacrificio o instante para la resurrección. El dilema vida-muerte, salud-enfermedad, se completa así en una nueva ley del orden universal: Bien-Belleza, Medicina (o arte de curar) y Amor humano por excelencia, o sea "conmiseración", abundancia de misericordia o ejercicio de abnegación como participación en el dolor del "sufriente". Ambos extremos de este dualismo significan una "posesión", queriendo significar con esto que no salen sus fuerzas esencialmente de la personalidad humana sino que son, en cambio, una invasión del "habitáculo" humano por "aquello" a que se abandona el lugar para que reinen el Bien y la Belleza. Esa aprehensión de estos dos imponderables constituye una prueba de que, cuando se le experimenta ya no se es rigurosamente el ocupante de la propia alma, sino que el alborozo del Bien dispensado devolviendo la salud como beneficio de la misericordia o sea, el "sufrir con" trasunta en expre-

sión de la íntima posesión de la propia Verdad. Este "saber de sí" rompe el silencio del hombre-poético-filosófico, que habita como "parte sustantiva", para hablar en términos de Santo Tomás, en todo hombre, científico o artista, estallando en música o descomponiéndose en imágenes o traduciendo en poesía. El médico en el apostolado de la vida, puede, si le place, por ello mismo oficiar en la taumaturgia del Arte tanto como en la taumaturgia de la Medicina.

No queremos entrar para nada en la capacidad creadora como artista del médico, ni aún menos de nuestros médicos; ello es problema estético que tiene ya sus claves para ser discutido. La actividad pictórica, es otra cosa, una resultante de esparcimiento espiritual. Más concretamente un "dilettantismo" y aún más sencillamente un "divertimiento" o en términos modernos un "hobby". El resultado de descansar. El descanso de una lucha planteada dentro de la personalidad del médico con los imponderables que la rigen. El entreacto de una vivencia primordial, el enfrentamiento continuo con un gran drama en el cual es actor y espectador a la vez: vida-muerte, dolor-amor. Las cuatro paredes que encastillan la virtud, como valor, de ser médico.



NOVEDADES

BIBLIOGRAFICAS

PANAMERICANISMO DEMOCRATICO

De Diego Uribe Vargas

Por HUMBERTO CUARTAS GIRALDO

En América existe un equilibrio jurídico y una unanimidad moral por ciertos principios de relación internacional, derivados quizás del hecho complejo de deber su independencia a la lucha contra sistemas coloniales de gobierno que presentan evidente afinidad. Incitaciones homogéneas determinaron la insurgencia de las dos Américas. Los valores que aquilataron esos nacimientos no han periclitado, al contrario, se han convertido no sólo en la razón de ser de su política nacional, sino en reflejo de su conducta externa. La libertad, el respeto, la igualdad, los derechos del ciudadano, en suma, la democracia, encendieron el afán libertario de nuestros próceres y han conservado su vigencia como determinante de nuestros destinos políticos. Todo lo que define el respeto mutuo de las naciones americanas, no simplemente como fruto de la solidaridad o el juego de los compromisos políticos, sino como obra de los principios jurídicos, son presupuestos que hacen viable el proyecto luminoso del *Panamericanismo Democrático*.

La avanzada ideológica del libro de Diego Uribe Vargas, la constituye la tesis de los sujetos del Derecho Internacional y específicamente su valoración del individuo como sujeto esencial del Derecho de Gentes. Esta posición lo lleva inexorablemente al *Pan-ismo* en las relaciones de los pueblos, que si bien encontramos inminente para nuestra América, no así para los demás continentes. La realidad orgánica de las relaciones entre los pueblos indoamericanos, de fácil confrontación, y la objetividad doctrinal de esa vocación continental a vigilar un destino común, que se manifiesta en sus políticos, guerreros, estadistas y hombres de letras, autoriza la fe que el tratadista deposita en empresas como la Corte Regional de los Derechos Humanos. No compartimos esa misma esperanza respecto a los demás pueblos, especialmente los europeos. No en balde han padecido las experiencias históricas y la cátedra de Maquiavelo. La unidad de Occidente sólo se sostiene con instrumentos auxiliares como los pactos políticos o los tratados comerciales porque su misma civilización está en crisis. Por esta circunstancia somos solidarios del autor, cuando siente que en el Nuevo Mundo está la solución a los